

Vida de desayuno, ensueño de lucha, dormir de dignidad.

Valeria Morales Núñez

Mira el titular de La Nación “El amor gana lucha en EEUU”, sus ojos indignados prefieren esperar viendo la tierra. Cumple con la tradición dominguera y sale de la pulpe con una Big Cola de tres litros. A lo lejos mira su hogar, sabe que pronto le vendrá la menstruación, se siente más sensible de lo normal. Suspira y sonríe acercándose. La satisfacción, el miedo y la lucha se mezclan en su estómago, junto al dance hall que resuena de fondo. Ese conjunto de latas, producto de sus propias manos y esfuerzo. Recuerda la camisa mojada de aquellos días en que las levanto, fue un trabajo realmente duro. Quizá por eso, los ratones bien abrazados a sus piernas.

Entra distraída tratando de recordar la fecha en que se suponía la visitaban los prohibidos y deliciosos olores pintando de rojo su lencería y sábanas. Será que la regla se retrasó. Se despreocupa, no hay nada que diez padres nuestros no resuelvan. Al entrar a la cocina, recuerda que hay que hacerle arreglos a la electricidad, que convierte el acto cocinar en una aventura, no sabe si saldrá electrocutada o no, cada vez que alista su almuerzo. Para hoy, pasta con tomate, fácil, barato y rico. Se alegra porque sabe que serán los últimos almuerzos recalentados, confía que el destino la dejará fuera de esa prisión sin rejas, la que visita hasta doce horas por día, esa prisión llamada trabajo, concretizada en la marca de tiendas Carrión.

El sol brilla, y la brisa refresca. Su combinación favorita. Al pasar por la escuela de Tejarillos recuerda que hay que llamar a la directora, el próximo domingo hay asamblea y el Comité de Vecinas y Vecinas de Los Pinos aún no pide la escuela. Dos narices que la olfatean, interrumpen su pensamiento, debe ser por los gatos que su hija tanto ama, ella se queja por tener tantos animales en su casa, pero como buena madre, la felicidad de su hija la satisface. Los perros la olfatean cada vez más, sospecha que huelen su almuerzo. Rápidamente mueve su mano derecha, junto al pie. La técnica perfecta para alejar zaguates... continúa su camino.

Sus fosas nasales se abren, entra el amarillo que da sabor, sin trabas, pareciera que pertenece a su nariz, su cuerpo agradece la visita, sabe que la necesita. Esos deliciosos olores la trasladan a su tierra, a su amada Nicaragua. Entre risas y lamentos maldice la comida tica... puede jurar que no igualará a la comida nica. Ese olor se pinta de rosados, celestes, naranjas y vuelan por todo su cuerpo, casi como los pequeños bichitos que causan enfermedades, se multiplican y vienen con imágenes y texturas. Lo dejado, lo amado, la familia, la tradición, las raíces, el sol, la lluvia, la necesidad, el camino.

El motor del bus la trae de nuevo al ajetreado ritmo de la vida. Corre a agarrarlo, quiere que la despidan pero no por tardías.

La palabra sindicato la tiene, como tiene el comején a la madera de la puerta de su casa. Segura está que la organización es la solución, no entiende cómo la gente no lo comprende, no entiende porqué la gente se queja y no hace. Agradece a dios por haberla hecho distinta, y le pide por las demás personas, por la organización de ellas... agradece además por sus compañeras de trabajo, que si se están organizando. No es posible que sus jefes las traten como si no tuviera derechos, indignada recuerda a Albino Vargas, se propone buscarlo. No le importa que la echen, le importa exigir justicia. Ha llegado a San José centro. “Que rápido pasa el tiempo en el bus” piensa mientras recuerda las llamadas que debe hacer al MIVAH.

Al bajarse, sus ojos como antenas buscando un espacio menos bullicioso, donde no lleguen los gritos de quienes trabajan vendiendo chunches en la calle, no los desprecia, son sus vecinos, pero sabe que es importante escuchar bien clarito cada palabra de la Viceministra. Se trata de su comunidad, no puede perderse ningún detalle.

Toca el botón rojo de su teléfono, su boca no sabe si ser amanecer o estremecerse en la tensión. Por un lado, es una buena noticia saber que existe un terreno, por otro lado en ese terreno no caben todas las familias de Los Pinos. Le preocupa que el comité prometió que todas las familias serían movilizadas y tendrían hogar, todas o ninguna, fue la promesa. Estrecho las manos con sus pechos, cuando prometió todos o nada. Se las estrecho también cuando decidió organizarse porque ese pedazo de tierra le pertenece, y ningún gavilán se lo podrá arrebatar. Las dudas echan raíces: “¿Será qué antes de buscar otras fincas para un proyecto de vivienda debo pelear lo mío? ¿Pero y si no ganamos esa pelea y al final no tenemos ni proyecto de vivienda ni tierra? ¿Pero y no tengo derecho también a vida digna? ¿Mi hija no tiene derecho a un futuro? ¿Y los derechos de mis vecinas? ¿Qué pasa con las que no entran al proyecto de vivienda?... Muchas no han actualizado sus papeles en migración”. Recuerda los principios del Comité. Aquel fuerte y sereno domingo, donde crearon el estatuto del Comité, viene a su mente. Debe sacar varias copias, es fundamental que pueblo lo apruebe, piensa. Es necesario que el poder lo tenga la gente, confirma.

Su cuerpo florece con el rocío. Mares por su cuerpo navegan. Imágenes de aquellas reuniones de formación política, cuando la Juventud Sandinista era realmente utópica y construía esperanza. Nuevamente, agradece a su señor. La política es lo suyo, gracias a dios tiene la fortaleza para luchar por justicia, por dignidad y libertad.

No sabe cómo le dirán a la gente que los abogados parecen desvanecerse por días, se convierten en ceniza para luego señalar con su gran dedo autoritario. Sabe que si dio la cara, debe dar el cuerpo.

Su celular suena. Su pequeña versión le recuerda el sentido. Pronto entrará a la universidad, debe de estudiar. La juventud es la clave, piensa al pasar el límite de sus brazos.

Después de tal jornada, solo tiene fuerza para levantar su mano, donde tiene el requisito para regresar a su casa. Saluda a gente conocida en el bus, le preguntan por la asamblea del domingo, asiente cansada. Hoy el asunto la ha batido suficiente.

Ha llegado, empieza la maratón hasta la puerta de su hogar. Además de no querer, no puede ser asaltada, no le sobran los artefactos, y mucho menos el dinero. El que decide si habrá comida en su plato y el de su familia. Segura está que su fortaleza no se irá, pero esta noche necesita descansar.

Al llegar al hogar, se quita los zapatos negros del uniforme. No quiere cenar, está lista para dormir. Mueve a su hija ya dormida. Ocupa que se corra un poco para que quepan ambas en la cama. Cierra sus ojos y empieza el agradecimiento y la culpa. Hay veces en que la última se come a la primera como un postre dulce. Esta vez, no es de esas veces. Agradece la lucha, la energía, el dolor que la potencia a seguir, los pies, la vida. Se pregunta por qué a ella, por qué a su país, por qué a su nacionalidad, por qué a su sexo. No encuentra respuestas. No le hacen falta. Las respuestas no son de ella, ni lo serán. Las respuestas son del más allá. Sólo pensarlas se convierte en blasfemia pura. Guarda silencio en su interior.

Se tacha el "Marque con X". Pasa a la página en blanco, se organiza en un Comité. Crea y busca amor. Sabe que su única bandera es la dignidad. La dignidad y el orgullo de ser mujer migrante nicaragüense y pobre en Costa Rica. De ser, lo que será, siendo. Las latas apagadas están, son color gris. La sorpresa. Dentro de ellas, el fuego nace para llevarse con sí lo necesario.

Cae rendida. La orquesta del viento meciéndose entre las ramas de Los Pinos le retumba, y en forma de vibraciones le susurra que la tierra es de quien crea vida en ella.

